

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo I. De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote cerca de su enfermedad.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659



VIDA Y HECHOS

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE

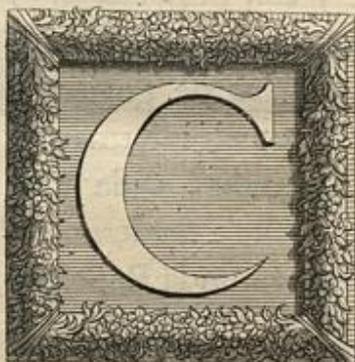
DE LA MANCHA.

P A R T E S E G U N D A.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

*De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote
cerca de su enfermedad.*



VENTA Cide Hamète Benen-
gèli en la segunda parte desta
hìstoria, y tercera salida de Don
Quixote, que el Cura, y el Bar-
bero se estuvièron casi un mes sin
verle, por no renovarle, y traèrle
à la memoria las cosas passadas:
Pero no por esto dexaron de visitar
à su sobrina y à su ama, encargàndolas, tuvièssen cuenta
con regalàrle, dándole à comer cosas confortativas, y apro-
piadas para el coraçon, y el cerebro de donde procedia, (segun

TOM. III.

B

buen

buen discurso,) toda fu mala ventura: Las quales dixèron, que assi lo hazian, y harian con la voluntad y Cuydado posible; porque echàvan de ver, que fu Señor por momentos iva dando muestras de està en su entero Juyzio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecèrles que avian acertado en avèrle traydo encantado en el carro de los bueyes, como se contò en la primera parte desta tan grande como puntual història en su ultimo capitulo: Y assi determinaron de visitàrle, y hazer experiencia de su mejorìa, aunque tenian casi por imposible que la tuvièsse; y acordaron de no tocàrle en ningun punto de la andante cavalleria, por no ponèrse à peligro de descosèr los de la herida, que tan tiernos estàvan.

VISITARONLE en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Toledano; y estàva tan seco, y amoxamado, que no parecia sino hecho de carne mòmia. Fuèron del muy bien recibidos: Preguntaronle por su salud, y el diò cuenta de si, y della con mucho Juyzio, y con muy elegantes palabras. En el discurso de su platica vinièron à tratàr en esto que llaman razon de estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso, y condenando aquel, reformando una costumbre, y desterrando otra, haziendose cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solon flamante: Y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusièron. Y Don Quixote habló con tanta discrecion en todas las materias, que se tocàron, que los dos examinadores creyeron indubitablemente, que estàva del todo bueno, y en su entero juyzio. Hallaronse

pre-

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG





*Jn^e Vanderbank inv^t et Delin.
Vol. 3. p. 3*

Ger. Vandergucht sculp.



presentes à la platica la sobrina y ama, y no se hartàvan de dár gracias à Dios de ver à su Señor con tan buen entendimiènto; pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocàrle en cosa de cavallerias, quiso hazèr de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera: Y assi de lance en lance vino à contàr algunas nuèvas, que avian venido de la corte; y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxàva con una poderosa Armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avia de descargàr tan gran nublado; y con este temor con que casi cada año nos toca al arma, estàva puesta en ella toda la Christiandad, y su Magestad avia hecho proveèr las costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondiò Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveèr sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo: Pero si se tomàra mi consejo, aconsejàrale yo, que usàra de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estàr muy ageno de pensàr en ella. A penas oyò esto el Cura, quando dixo entre si: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero, (que ya avia dado en el mesmo pensamiento que el Cura,) preguntò à Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion que dezia, era bien se hiziesse; quiça podria ser tal, que se pudiesse en la lista de los muchos advertimièntos impertinèntes, que se suelen dár à los Principes? El mio, Señor rapador, dixo Don Quixote, no serà impertinente sino perteneciènte. No lo di-



go por tanto, replicò el Barbero, fino porque tiene mostrado la experiencia, que todos, ò los mas arbitrios que se dan à su Magestad, ò son impossibles, ò disparatados, ò en daño del Rey, ò del Reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, fino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en dezirle vuestra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, lo dixèsse yo aqui agora, y amanecièsse mañana en los oydos de los Señores Consejeros, y se llevàsse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra para aqui, y para delante de Dios de no dezir lo que vuestra merced dixere, à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal: Juramento que aprendi del Romance del Cura, que en el Prefacio avisò al Rey del Ladron que le avia robado las cien doblas, y la formula la andariega. No se històrias, dixo Don Quixote, pero se que es bueno esse Juramento, en Fè de que se, que es hombre de bien el Señor Barbero. Quando no lo fuèra, dixo el Cura, yo le abòno y falgo por el, que en este caso no hablarà mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. Y à vuestra merced quien le fia, Señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profèssion, respondió el Cura, que es de guardàr secreto.

CUERPO de tal, dixo à esta Sazon Don Quixote, à mas fino mandàr su Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para un dia señalado todos los Cavaleros andantes que vagan por España; que aunque no vinièssen fino media dozena, tal podria venir entre ellos, que fo-
lo

lo bastàsse à destruyr toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva des hazèr un solo Cavallero andante un exercito de dozientos mil hombres, como si todos juntos tuvièran una sola garganta, ò fuèran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas històrias estàn llenas destas maravillas? Avia, en hora mala para mi, que no quiero dezir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula; que si alguno destos òy vivièra, y con el Turco se afrontàra, à fè que no le arrendàra yo la ganancia: Pero Dios mirarà por su pueblo, y depararà alguno, que fino tan bravo como los passados andantes Cavalleros, à lo menos no les ferà Inferior en el animo: Y Dios me entiende, y no digo mas. Ay! dixo à este punto la Sobrina, que me maten, fino quiere mi Señor tio bolver à ser Cavallero andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero andante he de morir; y baxe, ò suba el Turco quando el quisière, y quan poderosamente pudière, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazón dixo el Barbero, suplico à vuestras mercedes, que se me dè licencia para contar un cuento breve, que sucediò en Sevilla; que por venir aqui como de molde, me dà gana de contarle. Diò la licencia Don Quixote, y el Cura; y los demas le prestàron atencion, y el començò desta manera.

EN la casa de los locos de Sevilla estàva un hombre, à quien sus parientes avian puesto alli por falto de juyzio: Era graduado en Cànones por Osuna; pero aunque lo fuèsse por Salamanca, segun opinion de muchos, no dexàra de
fer

fer loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se diò à entender, que estàva cuerdo, y en su entero Juyzio; y con esta imaginacion escriviò al Arçobispo, suplicàndole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandàsse sacar de aquella miseria en que vivìa, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el Juyzio perdido: Pero que sus parientes, por gozàr de la parte de su hazienda, le tenian alli, y à pesar de la verdad querian que fuèsse loco hasta la muerte. El Arçobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandò à un Capellan fuyo, se informàsse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escrivìa; y que asimismo hablàsse con el loco, y que si le parecièsse que tenia Juyzio, le sacàsse y pusièsse en libertad. Hizolo assi el Capellan, y el Retor le dixo, que aquel hombre aun se estàva loco; que puesto que hablava algunas vezes como persona de grande entendimiento, al cabo disparàva con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualavan à sus primeras discreciones, como se podia hazer la experiencia hablàndole. Quiso hazerla el Capellan, y ponièndole con el loco, hablò con el una hora, y mas; y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada; antes hablò tan atentadamènte, que el Capellan fuè forçado à creèr, que el loco estàva cuerdo: Y entre otras cosas que el loco le dixo, fuè, que el Retor le tenia ojeriza por no perdèr los regalos, que sus parientes le hazian, porque dixèsse que aun estàva loco, y con lúcidos intervàlos; y que el mayor contràrio, que en su desgràcia tenia, èra su mucha hazienda, pues por gozàr della sus Enemigos, ponian dolo,

dolo, y dudàvan de la merced, que nuestro Señor le avia hecho en bolvèrle de bestia en hombre. Finalmènte el hablò de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciòs, y defalmàdos à sus parientes, y à el tan discreto, que el Capellàn se determinò à llevàrsele consigo, à que el Arçobispo le vièsse, y tocàsse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fè el buen Capellàn pidiò al Retor, mandàsse dár los vestidos, con que alli avia entrado el licenciado. Bolviò à dezir el Retor, que miràsse lo que hazia; porque sin duda alguna el licenciado aun se estàva loco; pero no firvièron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexàsse de llevàrle. Obedeciò el Retor, viendo ser orden del Arçobispo: Pusièron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes: Y como el se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellàn, que por caridad le dièsse licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dixo, que el le queria acompañar, y vèr los locos que en la casa avia. Subièron en efecto, y con ellos algunos que se hallàron presentes: Y llegàndo el licenciado à una Jaula adonde estàva un loco furioso (aunque entonces soffegàdo y quièto) le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me vòy à mi casa; que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecèrlo, de bolvèrme mi Juyzio. Ya estòy sano, y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperança y confiança en el; que pues à mi me ha buuelto à mi primer estado, tambien le bolverà à el, si en el confia. Yo tendrè cuidado

dado de embiàrle algunos regalos que coma ; y còmalos en todo caso ; que le hago sabèr, que imagino, como quien ha passado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tenèr los estomagos vazios, y los celebros llenos de ayre: Esfuèrcese, esfuèrcese, que el descaecimiènto en los infortunios apòca la salud, y acarrèa la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchò otro loco, que estàva en otra Jaula frontèro de la del furioso: Y levantàndose de una estera vieja donde estàva echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se iba sano y cuerdo? El licenciado respondiò: Yo sòy, hermano, el que me vòy, que ya no tengo necesidad de estàr mas aqui, por lo que dòy infinitas Gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que dezis, licenciado, no os engañe el diablo, replicò el loco: Soffegad el pie, y estàos quieto en vuestra casa, y ahorrarèys la buelta. Yo sè que estòy bueno, replicò el licenciado, y no avrà para que tornàr à andar estaciones. Vos bueno? dixo el loco. Aora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter (cuya Magestad yo represento en la tierra) que por solo este pecado, que oy comete Sevilla en facàros desta casa, y en tenèros por cuerdo, tengo de hazèr un tal castigo en ella, que quede memoria dèl, por todos los Siglos de los Siglos, Amen. No sabes tu, licenciadillo menaguado, que lo podrè hazer; pues como digo, sòy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrafadores, con que puedo, y suèlo amenazàr, y destruìr el Mundo? Pero con sola una cosa quiero castigàr à este ignorante pueblo; y es, con no llovèr en èl, ni en todo su distrito y

con-

contorno por tres años entèros, que se han de contar desde el dia, y punto, en que hà sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuèrdo; y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Assi pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvièron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, bolvièndose à nuestro Capellàn, y asièndole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, Señor mio, ni hàga caso de lo que este loco ha dicho; que si el es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes, que se me antojàre, y fuère menester. A lo que respondiò el Capellàn: Con todo esso, Señor Neptuno, no serà bien enojàr al Señor Jupiter. Vuestra merced se quede en su casa, que otro dia, quando àya mas comodidad, y mas espacio, bolverèmos por vuestra merced. Riòse el Retor, y los presentes, por cuya rifa se mediocorriò el Capellàn. Desnudàron al licenciado: quedòse en casa, y acabòse el cuento.

P U E S este es el cuento, Señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aqui como de molde, no podia dexar de contarle? A Señor rapista, Señor rapista! y quan ciego es aquel que no vèe por tela de cedaço. Y es possible, que vuestra merced no sabe, que las comparaciones que se hazen de ingènio à ingènio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linage à linage, son siempre odiòsas, y mal recibidas? Yo, Señor barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas, ni procuro, que nadie me tenga por discreto, no lo siendo: Solo me fatigo por dár à



entendèr al mundo el error en que està, en no renovàr en fi el felicissimo tiempo, donde campeàva la orden de la andante Cavalleria; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozàr tanto bien, como el que gozàron las edades, donde los andantes Cavalleros tomàron à su cargo, y echàron sobre sus espaldas la defenfa de los Reynos, el amparo de las donzellas, el socorro de los huerfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. A los mas de los Cavalleros que aora se ùsan, antes les crùxen los damascos, los brocados, y otras telas de que se vistèn, que la malla con que se àrman. Ya no ay Cavallero, que duèrma en los campos, fugeto al rigor del Cielo, armado de todas armas desde los pies à la cabeça. Ya no ay quien fin facàr los pies de los estrivos, arrimado à su lança, solo procùre descabeçàr, como dizen, el sueño, como lo hazian los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña; y de alli passè à una esteril, y desierta playa del mar, las mas vezes proceloso y alterado; y hallando en ella, y en su orilla un pequeño batèl fin remos, vela, mastil, ni Jàrcia alguna, con intrèpido coraçon se arròje en èl, entregàndose à las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al Cielo, y ya le baxan al abismo: Y el, puesto el pecho à la incontestable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcò; y saltando en tierra remota, y no conocida, le suceden cosas dignas de estàr escritas no en pergaminos, fino en bronces. Mas aora ya triùnfa la pereza, de la diligencia, la ociosidad, del trabajo, el vicio, de la virtud,

tud, la arrogancia, de la valentia, y la teorica, de la practica de las armas, que solo vivièron, y resplandecièron en las edades del oro, y en los andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado y manùal, que Tirante el Blanco? Quien mas galan, que Lifuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianis? Quien mas intrèpido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Ircania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Cirongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reinaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortes, que Rugero de quien descenden oy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmographia? Todos estos Cavalleros, y otros muchos que pudièra dezir, Señor Cura, fuèron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Destos, ò tales como Estos quisièra yo que fuèran los de mi arbitrio; que à ferlo, su magestad se hallàra bien servido, y ahorràra de mucho gasto, y el Turco se quedàra pelando las barbas: Y con esto me quiero quedàr en mi casa, pues no me fàca el capellan della; y si Jupiter, como ha dicho el barbero, no llovière, aqui estòy yo, que lloverè quando se me antojàre. Digo esto porque sepa el Señor vazia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixè por tanto; y assi me ayùde Dios, como fuè buena mi intencion, y que no deve vuestra merced



sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondió Don Quixote, yo me lo sè.

A esto dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisièra quedàr con un escrúpulo, que me røe, y escàrva la conciencia, nacido de lo que aqui el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura; y assi puede dezir su escrúpulo, porque no es de gusto andàr con la conciencia escrupulòsa. Pues con este beneplacito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterva de Cavalleros andantes, que vuestra merced, Señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne, y huesso en el mundo: Antes imagino, que todo es ficcion, fabula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ò por mejor dezir, medio dormidos. Esse es otro error, respondió Don Quixote, en que han caydo muchos, que no creèn, que àya avido tales Cavalleros en el mundo; y yo muchas vezes con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacàr à la luz de la verdad este, casi comun, engaño; pero algunas vezes no hè podido, ni hè salido con mi intencion, y otras si, sustentandolo sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por dezir, que con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira: Y del modo que he delineado à Amadis, pudièra, à mi parecer,
pintar

pintar y describir todos quantos Cavalleros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hizieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Filosofia sus facciones, sus colores y estaturas. Que tan grande le parece à vuestra merced, mi Señor Don Quixote, preguntò el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondiò Don Quixote, ay diferentes Opiniones, si los ha avido, ò no en el mundo: Pero la Santa Escritura, que no puede faltàr un atomo en la verdad, nos muestra, que los hubo, contàndonos la historia de aquel Filisteazo de Goliath, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuvièse Morgante, aunque imagino, que no devió de ser muy alto: Y muéveme à ser deste parecer, hallar en la historia donde se haze mencion particular de sus hazañas, que muchas vezes dormia debaxo de techado; y pues hallava casa donde cupièse, claro està, que no era desmesurada su grandeza. Assi es, dixo el Cura, el qual gustando de oirle dezir tan grandes disparates, le preguntò: Que sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demas doze pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes? De Reynaldos, respondiò Don Quixote, me atrevo à dezir, que era
ancho

ancho de rostro, de color vermèjo, los ojos bayladores, y algo faltados, puntoso, y colèrico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldan, ò Rotolando, ò Orlando (que con todos estos nombres le nombran las històrias) sòy de parecer, y me afirmo, que fuè de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y Barbizaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y Biencriado. Sino fuè Roldan mas Gentilhombre, que vuestra merced ha dicho, replicò el Cura, no fuè maravilla, que la Señora Angelica la Bella le desdeñasse; y dexasse por la gala, brio, y donayre, que devia de tener el morillo barbi-poniente, à quien ella se entregò: Y anduvo discreta de amar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esta Angelica, respondiò Don Quixote, Señor Cura, fuè una donzella des trayda, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dexò el Mundo de sus Impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreciò mil Señores, mil valientes, y mil discretos; y contentòse con un pagezillo barbiluzio, sin otra hazienda, ni nombre, que el que le pudo dàr de agradecido la amistad, que guardò à su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ò por no querer cantàr lo que à esta Señora le sucediò despues de su ruyn entrego, que no devièron ser cosas demasiadamente honestas; la dexò, donde dixo:

*Y como del Catay recibì el Cetro,
Quizà otro cantarà con mejor Pleçtro.*

Y

Y sin duda que esto fuè como Profecia (que los Poëtas tambien se llaman Vates) que quiere dezir, Adivinos. Y esta verdad se veè clara; porque despues acà un famoso Poëta Andaluz llorò y cantò sus làgrimas: Y otro famoso, y ùnico Poëta Castellano cantò su hermosura.

DÌGAME Señor Don Quixote, dixo à esta fazon el Barbero: No ha avido algun Poëta, que haya hecho alguna Sàtira à essa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondiò Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldan fuèran Poëtas, que ya me huvièran jaboronado à la donzella; porque es propio, y natural de los Poëtas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò fingidas en efeto de aquellos à quien ellos escogieron por Señoras de sus pensamientos, vengàrse con Sàtiras, y Libèlos (Vengança por cierto indigna de pechos generosos:) Pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la Señora Angelica, que tràxo rebuelto el Mundo. Milagro, dixo el Cura! y en esto oyèron, que el ama, y la sobrina (que ya avian dexado la conversacion) dàvan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruýdo.

C A P I -

